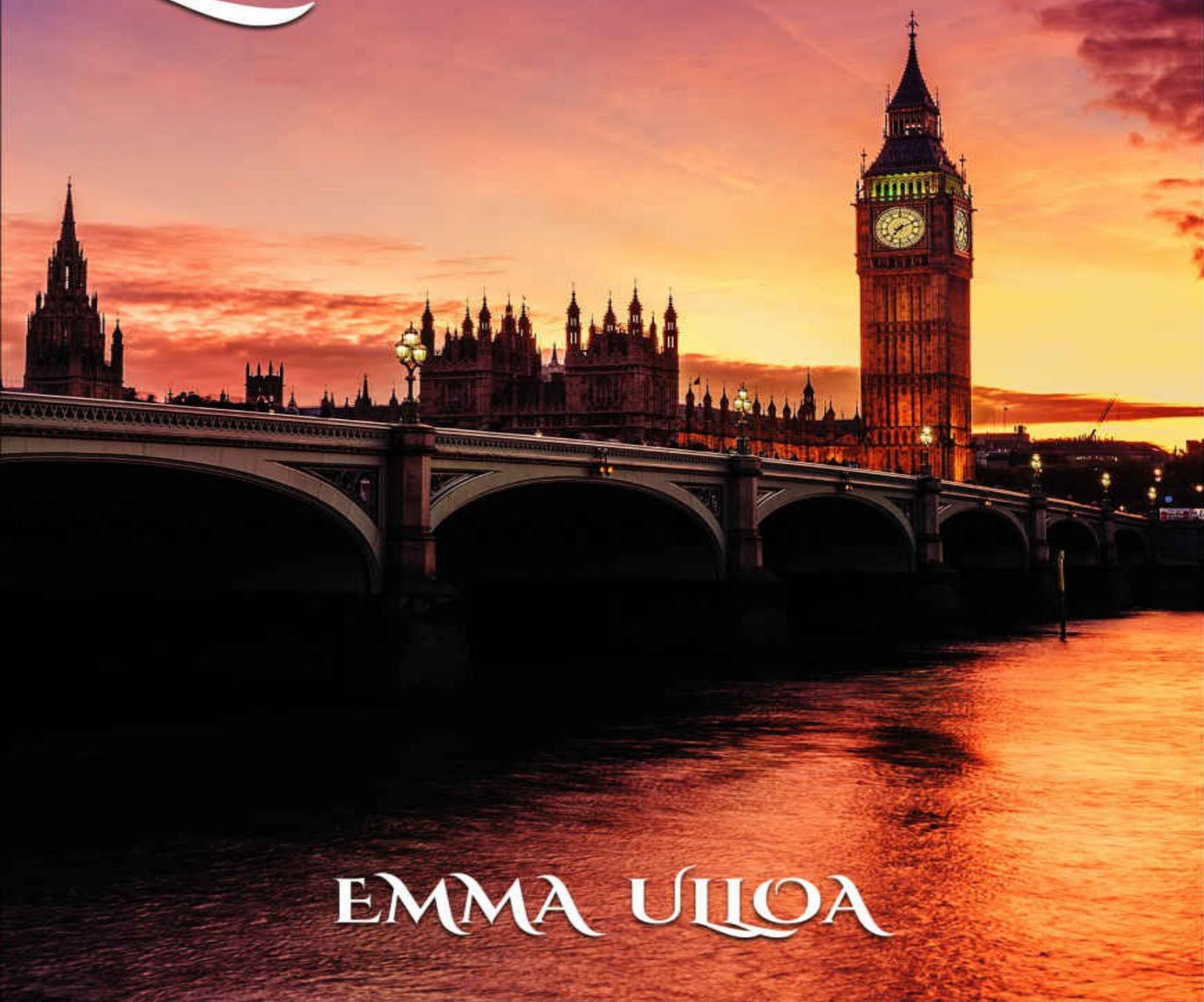


EN EL
CORAZÓN
DE
LONDRES



EMMA ULLOA

**EN EL CORAZÓN
DE LONDRES**

Emma Ulloa

Título original: En el corazón de Londres

Autora: Emma Ulloa

Primera edición: 2019

© Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de la autora bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía o el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Índice

Capítulo I

Capítulo II

Capítulo III

Capítulo IV

Capítulo V

Capítulo VI

Capítulo VII

Capítulo VIII

Capítulo IX

Capítulo X

Capítulo XI

Capítulo XII

Capítulo XIII

Capítulo XIV

Dedicado a mi familia, que siempre me apoya
en todo

Capítulo I

Alma abrió los ojos con calma. Los rayos de sol se filtraban por las rendijas de la persiana e incidían directamente en su rostro. Ese día no tenía que ir a trabajar a la agencia, ya que era día de fiesta y había alguien que la sustituía. Se desperezó plácidamente. Oriol se había ido muy temprano a pasar el día a la sierra con los amigos. Ella había preferido quedarse organizando un poco la casa y sus ideas.

De manera inevitable pensaba en Fabio, quien ocupaba toda su atención últimamente. Fabio era un chico que trabajaba en la agencia de noticias con ella. Al principio, cuando entró a trabajar, Alma no le prestó mucha atención. Era un chico alto, moreno, de grandes ojos verdes y mirada dulce y tranquila. Quizá no parecía el adecuado, en un primer momento, para una agencia de noticias donde todo eran estrés y prisas, pero su aplomo y serenidad gustaba a las cámaras y hacían que tuviera «gancho» para el público de los informativos. Ella, sin embargo, tenía una labor de oficina, ya que trabajaba en la redacción de las noticias.

—Mucha mierda —le había deseado ella la primera vez que se iba a poner delante de las cámaras.

—Muchas gracias —le sonrió él con afabilidad—. Lo necesito de veras.

Aquella sonrisa despertó en ella un sentimiento de simpatía que no se podía explicar, ya que apenas habían cruzado varias palabras. Desde entonces siempre le deseaba «mucha mierda» cada vez que iba a cubrir una noticia y él se lo agradecía de todo corazón, cosa que a Alma le encantaba. Después de eso, ambos habían entablado buena amistad conversando y riendo la mayoría de los días a la hora del café de media mañana.

Los días en que Fabio no pasaba por la agencia, ya que se iba a cubrir noticias fuera de la ciudad, Alma echaba de menos aquellos ojos dulces y su afable sonrisa. Pero en esas ocasiones, a su vez, no se sentía tan culpable. Los días que no lo veía ni hablaba con él estaba mejor con Oriol, que era su pareja desde hacía seis años. Se conocieron en el gimnasio, practicando *spinning* y, desde entonces, no se habían separado. Él trabajaba en casa, era escritor de

novelas de ficción y tenía bastante éxito. Alma lo admiraba y con él había encontrado mucha estabilidad. Nunca estuvo segura de si estaba enamorada de él, pero, al menos, no se sentía tan sola como antes de conocerlo. La muerte de su madre en aquel accidente cuando ella tenía dieciocho años, la había dejado sumida en una gran soledad y carencia afectiva que su padre no había sabido llenar. Oriol le ayudó mucho a superarlo. Sin embargo, a sus veintiséis años no había tenido otra relación ni había conocido a nadie que le gustara tanto como lo hacía Fabio. Y de ahí su culpabilidad. Quería a Oriol a su manera. Como decía su abuela: «El roce hace el cariño». Pero con Fabio era distinto. Le gustaba de verdad. Eso era lo que le decía a la psicóloga, que Fabio le gustaba de verdad, pero que no se atrevía a dar ningún paso con él por fidelidad a Oriol.

—Quizás lo que te pasa con Fabio es que te sientes más viva —le decía la psicóloga—, cosa que con Oriol ya no te pasa.

—Sí, Isabel, pero yo tengo un compromiso con Oriol — le respondía—, llevo ya seis años con él.

—¿Y habéis pensado en hacer más cosas juntos, en rejuvenecer la relación?

—Lo que me pasa es que no sé si quiero rejuvenecer la relación.

—Eso ya es algo que solo tú debes decidir.

Y ahí le sobrevenía el nudo gordiano, como ella solía llamarlo, la indecisión total, el acabose. Su mente entonces colapsaba, era un mar de dudas continuo y una gran ansiedad le recorría el cuerpo y no la dejaba tranquila. Tener que decidir. Eso la ponía mala.

Raquel, su amiga íntima desde la infancia, la animaba a dar el salto hacia Fabio. Raquel siempre era así, muy impulsiva; siempre lo había sido. Desde pequeñas, era ella la que llevaba la voz cantante por las dos, y a Alma eso le gustaba, porque ella era un cúmulo de dudas e indecisiones.

Por otro lado, tampoco estaba segura de lo que sentía Fabio por ella. En apariencia, eran solo buenos amigos y colegas de trabajo. Había, eso sí, muy buen *feeling* entre ellos, y estaba casi segura de que Fabio sentía algo por ella más allá de la amistad. Pero ¿cómo saberlo a ciencia cierta?

Raquel le insistía en que sí, que estaba «cantado» que él sentía algo por ella, pero Alma dudaba, ya que, si no era así, corría el riesgo de perder su amistad para siempre. Isabel, la psicóloga, le decía que, si no sabía cuáles eran los sentimientos de Fabio hacia ella, era muy delicado arriesgar una

relación de seis años que marchaba más o menos bien.

—Pero mi relación con Oriol no marcha más o menos bien, Isabel, solo marcha, es mera rutina —le respondía Alma—. Apenas tenemos sexo entre nosotros. Parecemos hermanos o compañeros de piso más que una pareja. Mi admiración por él, eso sí, permanece intacta, y creo que eso es lo que me pasa, que confundo admiración con amor.

—En ese caso, quizá deberías abrirte a Fabio y preguntarle cuáles son sus sentimientos hacia ti, Alma; de alguna manera tendrá que resolverse esta situación. No obstante, no quiero presionarte a nada, tiene que ser todo decisión tuya, pero ya sabes el dicho: «Un clavo saca a otro clavo».

Y Alma volvía a convertirse en un mar de dudas cuyo oleaje no acababa de llegar a tierra firme.

El timbre del teléfono la sacó de su ensimismamiento.

—¿Quién es? —respondió.

—Soy yo, Raquel, ¿quién si no? —le dijo su amiga.

—Perdona, no he mirado el teléfono al descolgar. ¿Qué vas a hacer hoy? Tengo la casa para mí sola y a lo mejor te apetecía venir a comer. Haré pasta. ¿Te animas?

—Ah, pues sí, buena idea, así nos ponemos al día. Llegaré sobre las dos. ¿Te parece?

—Perfecto, te espero a las dos.

A la hora concertada Raquel tocaba el timbre con firmeza y decisión. Alma, con el delantal todavía puesto, le abrió y la invitó a pasar.

—¿Te apetece vino con la pasta? —preguntó a Raquel.

—Buena idea.

Pusieron la mesa y se dispusieron a comer. Mientras lo hacían, Raquel contaba a Alma las últimas fechorías de su perro Yaco. Al parecer, se había comido una de las alpargatas de su madre y esta le había perseguido sin éxito por toda la casa para darle un escarmiento. Las dos rieron con ganas. A Alma le hacía mucho bien lo dicharachero que era su mejor amiga. La sacaba por momentos de su zozobra interior.

—¿Has sabido algo de Fabio? —Le preguntó Raquel.

—No, hace tres días que no sé nada de él. Se fue a Cádiz a cubrir una noticia sobre los astilleros.

—¿Y ya has decidido qué quieres hacer al respecto? ¿Vas a hablar con él?

—No lo sé, estoy en la duda, para variar.

—Yo creo que deberías tirarte a la piscina, Alma, si no nunca sabrás a qué atenerte —le aconsejó a su amiga.

—Ya... —dijo Alma cabizbaja y preocupada, pensando que no podía seguir en aquella situación por mucho más tiempo.

En aquel momento, su teléfono móvil la avisó de que tenía un mensaje. Cogió el teléfono, lo leyó y, asombrada y con la cara un tanto desencajada, le dijo a su amiga:

—Es de Fabio. Dice que la agencia lo ha destinado a Londres como corresponsal. La persona que estaba allí cubriendo las noticias ha tenido un accidente de tráfico y estará de baja por mucho tiempo. Se debe incorporar cuanto antes y no va a poder despedirse en persona, pero me desea lo mejor. Volverá por vacaciones de verano y Navidad. Dice que algún día se pasará por la agencia para saludarnos a todos.

Capítulo II

Fabio soltó el teléfono móvil. Era la clase de persona a la que le gustaban las cosas claras. Todavía no se explicaba por qué no le había dicho nada más a Alma, por qué había sido tan escueto. Pero ¿qué podía hacer él? Alma estaba emparejada con otra persona y él no sabía muy bien qué clase de relación tenía con ella. ¿Era solo amistad? ¿Había algo más? ¿Debía llamarla? Se debatía entre coger el teléfono y decirle algo más o bien dejarlo estar. Mientras se mordía el labio, se lamentaba no haber tenido más tiempo para estar con ella y hablar con sinceridad de sus sentimientos. Quizá ya era demasiado tarde. Pero no podía negarse a ir a Londres. Los de la agencia se lo habían pedido como un favor especial ya que no contaban con nadie más en aquel momento y él era el candidato idóneo: sabía hablar bien inglés y no tenía cargas familiares. Y, ¿quién sabe? A lo mejor le acababa gustando su destino. Aunque, sin Alma, lo dudaba mucho. Lo tenía decidido: en cuanto hubiera alguien que pudiera suplirle en Londres se volvería a Madrid, al lado de su querida Alma. De momento, no le quedaba otra que mudarse a la capital inglesa. Su familia le había apoyado mucho.

Ya tenía localizado un pequeño hostel donde se alojaría los primeros días hasta que encontrase un piso para alquilar. Su vuelo salía al día siguiente y ya tenía el equipaje a medio hacer. Mientras preparaba las cosas, recibió un mensaje de Alma:

¡Madre mía, Fabio! ¡A Londres! Espero que te vaya muy bien. Te echaré de menos. Mándame alguna foto. Estamos en contacto ¿vale? Y sé bueno ¿eh?

Con los ojos vidriosos por las lágrimas le contestó:

Lo intentaré.

Capítulo III

Tres días más tarde, Fabio ya estaba instalado en su piso en la ciudad londinense. Tuvo mucha suerte con la búsqueda del piso, pues el dueño del hostel donde se alojaba conocía a alguien que lo alquilaba y le dio su número. Fue a verlo y se enamoró de él. Era amueblado, soleado y con buena distribución. Estaba situado por la zona de Notting Hill, que le gustaba mucho, y el precio era adecuado. No necesitó ver ninguno más. Pagó lo convenido y el propietario le entregó las llaves. Sus planes eran dirigirse a la sucursal de la agencia de noticias en Londres para que le explicaran con detalle su cometido, y luego ya el resto del día lo dedicaría a visitar un poco la ciudad, pues el trabajo en la agencia no empezaría hasta tres días después. Ese día haría turismo y los dos siguientes organizaría un poco el piso y las cosas que había traído de Madrid.

Aquella misma mañana Fabio salía de la agencia de noticias. Le habían hecho un buen recibimiento y le habían explicado todas sus funciones. Parecía que había buen ambiente. Oficialmente, no empezaría hasta el lunes, así que se dispuso a hacer un poco de turismo. Fue a una oficina de información y le explicaron:

—Puede usted ir al palacio de Westminster, un edificio victoriano que alberga las cámaras del Parlamento británico —le aconsejó el chico que trabajaba en la oficina de turismo—. También puede ir a la abadía de Westminster, elegida como sede para las coronaciones reales. Luego puede usted ir a Piccadilly Circus, que es la plaza más famosa de Londres, un lugar de encuentro de locales y turistas. Algo muy emblemático es el Tower Bridge y también puede visitar la catedral de San Pablo, donde contrajeron matrimonio el príncipe Carlos y Lady Diana.

—¿Puede decirme qué museos puedo visitar en la ciudad? —le inquirió Fabio.

—Sí, por supuesto —le dijo el chico—, puede usted visitar el Museo Británico, uno de los museos más antiguos del mundo. También está el

National Gallery, el museo de arte más importante de Londres, o también el Wallace Collection que alberga una de las mejores colecciones artísticas de la ciudad.

Fabio se quedó pensativo. Eran demasiadas cosas para visitar en una sola jornada. Decidió que pasaría por Picadilly Circus y luego iría al National Gallery. Le apetecía ver un poco de arte. Ya con el tiempo podría ir a ver más cosas.

Bajó por la primera boca de metro que encontró. Solo serían seis estaciones hasta Picadilly Circus. El metro estaba repleto de gente. En la estación correspondiente se apeó y subió a la superficie. De repente, se vio rodeado de un gran gentío que caminaba en todas las direcciones. Allí estaba la famosa plaza con la estatua de Anteros, hermano gemelo de Eros, que simbolizaba el amor maduro, hoy conocido como «El ángel de la caridad cristiana». También destacaba la gran pantalla curva publicitaria que había en la fachada de uno de los edificios, que le daba un aspecto muy contemporáneo. En contraste, varios teatros muy antiguos y restaurantes abrían sus puertas en la misma plaza. Aquel era un lugar de encuentro para los londinenses y para los turistas; el centro de Londres se podría decir. La zona estaba llena de tiendas y el bullicio era constante. Los típicos autobuses rojos de dos pisos pasaban por la calzada.

De repente, se sintió solo en medio de tanta gente. «Qué diferente habría sido ir acompañado de alguien como Alma, a ella le habría encantado», pensó Fabio, recordando sus ojos oscuros y su larga melena ondulada de color castaño. Sacudió un poco la cabeza como para quitarse de encima esa nostalgia y caviló que sería buena idea comer temprano para dedicarle más tiempo al National Gallery después. Siguió calle abajo y se topó con un restaurante italiano. No se lo pensó dos veces y entró. Era un local amplio y luminoso. Había ya gente comiendo y conversando animadamente, y decidió sentarse junto a la ventana para ver el trasiego de viandantes que paseaban por la calle.

—¿Qué va a pedir, caballero? —le preguntó el camarero.

—Quiero las tagliatelle con salsa de salmón, por favor. Y para beber, una cerveza.

—Enseguida, señor.

Mientras esperaba la comida, puso el plano de Londres encima de la mesa y lo ojeó un instante. A unos setecientos metros de allí estaba Trafalgar Square

y el National Gallery, su siguiente destino. Le habían hablado muy bien de ese museo y tenía ganas de ver sus obras. Después de comer, pagó la cuenta al camarero y se dispuso a andar de nuevo entre la gente. El día estaba soleado con algunas nubes y la temperatura era lo suficientemente agradable como para pasear. Se notaba que ya era primavera, aunque, según le había comentado el dueño del hostel, el clima estaba siendo bastante benigno para la época del año, pues otros años por esas fechas hacía mucho más frío y llovía.

Siguió caminando y llegó a Trafalgar Square. Al parecer, según su guía de bolsillo, era el kilómetro cero de Londres, pues de ahí partían todas las carreteras del país. Algo parecido a la puerta del Sol de Madrid. Era una de las plazas más importantes de Londres, creada en 1830 para conmemorar la victoria de la armada británica frente a la española y la francesa en la batalla de Trafalgar. En el centro de la plaza se alzaba una imponente columna de granito de casi cincuenta metros de altura coronada por una estatua del almirante Nelson, fallecido mientras se encontraba al mando de la armada británica en dicha batalla. La columna estaba rodeada de cuatro leones de grandes dimensiones, contruidos a partir del bronce fundido de los cañones de la flota francesa. En la parte norte de la hermosa plaza se encontraba el National Gallery con dos magníficas fuentes delante de él. Al igual que Picadilly Circus, estaba repleta de gente, la mayoría turistas de muy diversas nacionalidades. Fabio subió la escalinata que precedía al museo. Contempló admirado la columnata de la fachada y accedió a la entrada principal. El acceso era gratuito. Quedó asombrado por la belleza del interior del imponente edificio, con sus techos abovedados. Estaba dividido en cuatro grandes alas en las que se exponían, de manera cronológica, las distintas obras que albergaba. Estaba el Ala Sainsbury, con obras pertenecientes a los siglos XIII, XIV y XV como *Venus y Marte* de Botticelli o *La Virgen de las rocas* de Leonardo Da Vinci. También estaba el Ala Oeste con obras del siglo XVI, como *Baco y Ariadna* de Tiziano o *Los embajadores* de Hans Holbein. Además, el Ala Norte contaba con importantes obras del siglo XVII de artistas como Rubens, Rembrandt o Velázquez. Y, por último, estaba el Ala Este con obras de los siglos XVIII y XIX entre las que destacaban *Los Girasoles* de Van Gogh, *El carro de heno* de John Constable y *Los Bañistas en Asnières* de Seurat.

Fabio dedicó la tarde a ver todas las salas. Le parecía una auténtica maravilla. Se quedó bastante tiempo ensimismado mirando cada una de las

obras. Era una pinacoteca grandísima, con casi 3000 pinturas. Estaba disfrutando mucho de la visita. Le encantó ver cuadros de Leonardo da Vinci, Tiziano, Rembrandt o Velázquez. Uno de los que más le llamó la atención fue el de *Los girasoles* de Van Gogh. Se acercó a un grupo de gente que estaba siguiendo una visita guiada y oyó lo que decían del famoso cuadro:

—Este lienzo pertenecía a una serie de siete óleos pintados en los años 1888-89. Se trataba de una colección resplandeciente en oro y en color amarillo. Eran siete versiones del mismo bodegón. Aunque los cuadros de la serie eran similares, no eran idénticos y, además de variar el número de girasoles y algunas tonalidades, también se diferenciaban por mostrar todas las etapas de la vida de las plantas, desde girasoles en flor hasta girasoles marchitándose. Para el artista, el color amarillo era un emblema de la felicidad. Para él, el amarillo tenía un simbolismo muy especial. Ese color representaba su mundo interior. El color amarillo era para él la vida, la luz, el calor y el color del sol. No estaba tratando de hacer una copia exacta de la realidad en sus obras sino de expresar la emoción. Ese cuadro fue pintado en un raro periodo de optimismo en el cual Van Gogh estaba emocionado por la llegada del pintor vanguardista Paul Gaughin. Los girasoles tenían la intención de impresionarle como un gesto de amistad. Al igual que el girasol giraba para seguir al sol, de la misma manera Van Gogh se guiaría por Gaughin. Lamentablemente, esa relación terminaría mal a causa del choque de sus fuertes personalidades...

La visita guiada seguía su curso. Fabio, de repente, sintió el estómago vacío y mucho cansancio. Pensó que podría ir a la cafetería a comer y descansar, pero antes iría al baño. Una vez allí, decidió entrar en uno de los baños individuales. De pronto, una vez dentro, le empezaron a flaquear las piernas, le entró mucho calor y a la vez tenía un sudor frío por todo el cuerpo; se le nubló la vista y se desvaneció, quedando inconsciente encima del inodoro y reclinado hacia atrás sobre la cisterna...

Fabio abrió los ojos lentamente. En un principio no sabía dónde estaba. Poco a poco fue adquiriendo la consciencia. Se sentía hambriento y sediento. Estaba en un baño del National Gallery y, según parecía, había sufrido un episodio de bajada de tensión brusca y se había desmayado. Era la segunda vez en la vida que le pasaba. La primera fue hace años, estando con su familia en un parque temático; había estado todo el día andando, con calor y bebiendo

muy poca agua. Se había desmayado igualmente. Ahora, al parecer, le había pasado lo mismo. Muchas horas de pie en el museo, sin beber ni comer. De repente, se dio cuenta de que no sabía qué hora era. Miró su reloj de pulsera y se quedó sorprendido y preocupado: ¡Eran las once y media de la noche! ¿Cuánto rato había estado inconsciente? ¿Debía preocuparse? La situación le llenó de miedo. Decidió que saldría del museo y se iría al hospital directo a urgencias para que le hicieran un chequeo completo. Tenía que descartar cualquier problema serio de salud. Al mismo tiempo se inquietó: ¿Habrían cerrado ya? Suponía que hacía ya rato, pues era viernes y cerraban a las nueve. ¿Se quedaría encerrado toda la noche? Decidió ir a buscar la salida del museo o a alguien que pudiera orientarle.

Cuando salió del retrete al baño principal vio que en una de las paredes había un agujero enorme por el que cabía una persona y el suelo estaba lleno de cascotes. «Qué extraño —pensó—. ¿Qué ha pasado mientras estaba inconsciente?».

Bebió un poco de agua en el lavabo y salió del baño en busca de ayuda. Todo estaba oscuro y sintió bastante desasosiego. De repente vio luz en una de las salas por lo que decidió dirigirse hacia allí. Pensó que sería algún vigilante. Cuando llegó a donde estaba iluminado, se dio cuenta de que era la luz de unas linternas y que las manejaban dos hombres encapuchados que se afanaban por descolgar un cuadro de la pared, concretamente el de *Los girasoles* de Van Gogh.

Fabio, al verlos, enseguida se percató de que no eran vigilantes de seguridad, sino que eran dos ladrones que habían entrado a robar por el agujero que había en la pared del baño. No se le ocurrió nada mejor que grabarlos en vídeo con su móvil para tener, como buen periodista, una prueba del robo. Lo hizo con mucho sigilo, para que no le descubrieran. En ello estaba cuando le entraron ganas de toser y, sin poder contenerse, carraspeó.

Los dos hombres lo vieron y se miraron sorprendidos.

—¡Mierda! —exclamó uno de ellos—. Todavía hay gente en el museo. Dinos quién eres. ¿Eres un vigilante? —le increpó mientras le encañonaba con una pistola.

—No, yo... —balbució Fabio temeroso mientras escondía el móvil con rapidez— soy un visitante del museo. Me he desmayado en el baño y me acabo de despertar. Estoy buscando la salida.

—¿Qué hacemos con él? —le dijo el uno al otro—. Nos puede delatar.

—Sugiero que nos lo llevemos con nosotros. No podemos arriesgarnos.

—No —se apresuró a decir Fabio—. Disculpen, yo no los delataré, lo prometo. Solo quiero encontrar la salida, de verdad.

—De eso nada —insistió uno de ellos—. Tú te vienes con nosotros.

Capítulo IV

Alma no se lo creía. Se había ido. Fabio ya no estaba. Había sido tan repentino que estaba en *shock*. Cuando recibió su mensaje no se lo podía creer. ¡A Londres! Con dificultad, le respondió a su mensaje sin saber muy bien qué decirle. Raquel tampoco se lo creía. Pero era la verdad: Fabio se había ido para mucho tiempo, quién sabe si para siempre. Aquella noche, cuando Oriol volvió de la sierra, ella todavía estaba en *shock* y se excusó diciéndole que no se encontraba bien y que se iba pronto a la cama. Oriol le deseó que se mejorara y se quedó viendo la televisión un rato más, después de darle el beso de buenas noches. Alma se llevó el teléfono consigo y relejó el mensaje por enésima vez. Ya metida en la cama, no pudo evitar que le brotaran las lágrimas. Se estaba dando cuenta de que lo que sentía por Fabio era muy real y se lamentaba de no haber tenido el valor suficiente para declararse antes. Se enjugó las lágrimas con un pañuelo y, al poco rato, se quedó dormida con el teléfono en la mano.

Tres días después, Alma seguía desolada. Comía poco y casi no hablaba con Oriol. Este no se daba mucha cuenta, pues estaba enfrascado en la redacción de su último libro y necesitaba mucho tiempo y dedicación. Raquel no sabía cómo consolarla. Se apenaba mucho de ver a su amiga así de abatida e intentaba infundirle ánimos. Aquel día estaban las dos en casa de Alma cenando una pizza. Oriol estaba encerrado en su despacho, inmerso en la escritura. Necesitaba silencio y concentración y había pedido a las chicas que no le molestasen.

—Tienes que animarte, Alma —le dijo Raquel a su amiga—, quizás puedas hablar con él en verano, cuando vuelva en vacaciones.

—No sé, Raquel, siento que ya nada será igual, su sitio ahora está allí, en Londres. Lo mejor será que lo olvide. Antes o después se me pasará y yo reharé mi vida con Oriol. Isabel tiene razón, sería bueno rejuvenecer la relación.

—¿Estás segura? —le espetó Raquel—. No sé, creo que debes meditarlo

bastante antes de decidir nada.

—Es que no hay nada que decidir, Raquel. La situación se ha resuelto por sí sola.

—Bueno, no sé qué decirte, la verdad. Si te parece bien, mañana seguimos hablando, porque es bastante tarde y tendré que coger un taxi para irme a casa. ¡Es la una menos veinte!

En ese momento, el teléfono móvil de Alma sonó avisándole de que tenía un mensaje. Extrañada por lo tarde que era, lo abrió y leyó el contenido:

¡Ayuda!, me han secuestrado en el National Gallery. Me llevan con Los girasoles de Van Gogh.

El mensaje incluía un vídeo. Alma vio en el mismo unas figuras humanas moviéndose entre las sombras, sin saber muy bien qué hacían. No se distinguía casi nada.

—¡Es Fabio, Raquel! —le comunicó a su amiga con la cara desencajada. ¡Dice que lo han secuestrado en el National Gallery y que lo llevan con *Los girasoles* de Van Gogh!

Alma le contestó:

¿Quiénes te han secuestrado, Fabio? ¿Dónde estás? ¿Es en serio? Dime algo, por favor.

Pero Fabio no leyó ese mensaje ni escribió ninguno más.

Capítulo V

A la mañana siguiente, Alma todavía seguía atónita y desconcertada: «¿Qué había pasado con Fabio? ¿Sería verdad lo del secuestro? ¿Le estaba pidiendo su ayuda a tantos kilómetros? ¿Podría hacer ella algo por ayudarlo?». Todas esas ideas se le cruzaban por la cabeza una y otra vez. Esa noche apenas había dormido pensando en el tema. Había quedado con Raquel para comer ese día y decidir qué hacer.

Aquella mañana no podía concentrarse en el trabajo en la agencia. ¡Fabio le había pedido ayuda a ella! ¿Tan importante era ella para él? ¿Podría tener esperanza? ¿Se encontraría bien? ¿Por qué lo habrían secuestrado? Contó los minutos que le quedaban para acabar la jornada laboral. Cuando el reloj marcó las tres, salió disparada de la oficina y se dirigió al restaurante donde había quedado con Raquel.

Cuando llegó, su amiga la esperaba en la entrada. Accedieron al local y eligieron mesa. El camarero les tomó nota de lo que iban a comer y beber.

—¿Cómo estás? —le preguntó Raquel—. Yo todavía no me lo creo —afirmó.

—Es verdad, yo también estoy así, que no me lo creo — le contestó Alma—. Pero ¿qué podemos hacer? ¿Está en nuestras manos?

En ese momento, Raquel se dio cuenta de que en el restaurante había un televisor y que estaban emitiendo las noticias del día. De repente, se percató de que, en la sección internacional, hablaban de una noticia sobre el National Gallery en Londres, y le pidió a su amiga que atendiera. Decían en los informativos que la noche anterior habían robado en dicho museo una de las obras más importantes de la colección: *Los girasoles* de Van Gogh. Al parecer, los ladrones habían excavado un túnel que conectaba con el museo, habían desactivado todas las alarmas y habían robado la pieza, dándose a la fuga después por el mismo túnel. Las dos estaban boquiabiertas por lo que escuchaban, ya que corroboraba el robo de la pieza, y, muy probablemente, el secuestro de Fabio, aunque no dijeran nada del mismo en ese momento.

—¿Y qué hacemos? ¿Se te ocurre algo, Raquel? —preguntó Alma a su

amiga.

—Se me ocurre que podemos denunciar su desaparición e ir a buscarlo — contestó Raquel.

—¿A quién, a Fabio? Estás de broma, ¿no? —le inquirió Alma.

—No, lo digo en serio. Tengo un amigo en Londres que está estudiando para detective privado y nos puede ayudar.

—Pero eso es muy peligroso, no sabemos dónde nos podemos estar metiendo.

—No, porque iremos a la Policía de allí de Londres y le enseñaremos el mensaje y el vídeo, por si eso pudiera ayudarles en algo, y nosotros podemos hacer algunas indagaciones por nuestra cuenta para colaborar con ellos en lo posible.

—No sé, Raquel, me da mucho miedo.

—Venga, Alma, di que sí. Solo tienes que pedirte los diez días de vacaciones que te debe la empresa y yo haré lo mismo en la mía. ¿Vas a dejar a Fabio en la estacada ahora que te ha pedido ayuda?

—Tienes razón, él me ha pedido ayuda, confía en que yo le podré ayudar de alguna manera —caviló Alma en voz alta.

—Ahora mismo voy a llamar a Enrique para preguntarle si nos puede echar un cable —le informó Raquel.

Antes de que Alma pudiera protestar, Raquel ya estaba hablando con su amigo en Londres. Una vez colgó, Raquel, con una sonrisa de oreja a oreja, le comunicó a su amiga que ya estaba todo resuelto, que Enrique las esperaba en el aeropuerto y que estaba dispuesto a ayudarlas. Se pasaría por la comisaría de Scotland Yard para denunciar el secuestro ese mismo día. Alma, atónita, no daba crédito: ¿realmente le estaba sucediendo todo eso a ella? ¿Se iba a ir a Londres en busca de su amor? ¿Era buena idea todo eso? Como siempre, Raquel había decidido por las dos y a Alma no se le ocurría nada mejor, así que, sin saber todavía cómo, aceptó la proposición.

Mientras comían, Raquel se metió en Internet en busca de vuelos asequibles y encontró uno con destino a Londres para el día siguiente por un precio bastante razonable. Antes, tenían que hablar con sus respectivas empresas acerca de tomarse las vacaciones que les correspondían, y así lo hicieron. A Alma no le pusieron ningún inconveniente, y a Raquel en la empresa de publicidad donde trabajaba le dijeron que, para otra vez, avisara con más antelación. Ahora ya solo tenían que reservar el vuelo y el hotel y

preparar el equipaje.

Alma, además, tenía que hablar con Oriol. Raquel vivía con sus padres y no tenía problema en ese sentido, pero Alma no sabía qué decirle a Oriol. Al final le dijo que Raquel y ella habían encontrado una oferta muy buena para ir a Londres y que se marchaban al día siguiente por diez días. Oriol, un tanto sorprendido por lo repentino del viaje, le dijo que se alegraba por ella y le deseó que se lo pasara muy bien, que él seguía enfrascado en la novela que tenía entre manos y que no habría podido estar con ella mucho tiempo de todos modos.

Al día siguiente, Alma y Raquel volaban a Londres.

Capítulo VI

Alma todavía no se lo podía creer. Para ella, todo tenía un punto de aventura inesperada que la hacía sentir viva, como le decía Isabel, la psicóloga, pero a su vez sentía mucho miedo ante la incertidumbre de lo que iba a pasar en los siguientes días. A Raquel, sin embargo, la veía en su elemento, deseosa de llegar y ponerse manos a la obra. «Qué diferentes somos las dos», pensó Alma mientras el avión se disponía a aterrizar.

A las once de la mañana, Alma y Raquel salían por la puerta de desembarque y vieron a un chico que les hacía señas para que se acercaran. Las dos cogieron sus maletas y se dirigieron a donde él estaba. Era un chico alto, regordete y pelirrojo, con el rostro sonriente cubierto de pecas.

—Hola, yo soy Enrique; tú debes de ser Alma ¿verdad? —se presentó.

—Sí, hola, Enrique, soy Alma, amiga de Raquel. Gracias por ayudarnos con todo esto.

—No hay de qué, es un placer, así me entreno. Estoy estudiando para detective privado y esto para mí son prácticas con hechos reales. Y tú, Raquel, ¿cómo estás? ¿Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos? Me alegra volver a verte.

Raquel y él se habían conocido de pequeños, en los boy scouts, y desde entonces mantenían el contacto, ya que existía entre ellos una muy buena amistad.

—Yo también me alegro de verte, Enrique —saludó Raquel—. Estoy en mi salsa —sonrió pícaramente—. Gracias por prestarnos tu valiosa ayuda, seguro que algo sacaremos en claro.

—Claro que sí, todo es empezar —dijo Enrique—. Ahora permitidme llevaros al hotel donde os alojaréis. He alquilado un coche, pues yo no tengo uno propio; suelo ir a todos lados en metro.

Las chicas y Enrique fueron a los aparcamientos. Allí los esperaba un vehículo pequeño, de color gris plateado. Metieron el equipaje en el maletero y entraron en el vehículo. Enrique las llevó al hotel. Estaba más bien céntrico y, de camino, pudieron ver maravilladas desde la ventanilla del coche el

palacio de Westminster y el célebre Big Ben. Alma leyó en su guía de Londres: «Reloj de una torre gótica de dieciséis plantas, situada en el extremo oriental del Parlamento y símbolo nacional».

Una vez llegaron al hotel, ellas fueron a registrarse y a pedir la llave de la habitación, y Enrique las esperó en la recepción. La habitación era amplia, con dos camas y una mesa en uno de los lados, cerca de la ventana. Cuando estuvieron instaladas, bajaron a la recepción y se reencontraron con Enrique.

—Lo primero que haremos será acudir a la comisaría de policía —les informó este—. Yo ya les puse sobre aviso del secuestro ayer, pero necesitan la prueba del mensaje del teléfono móvil.

—Sí, es buena idea —asintió Raquel—, vamos.

Los chicos se montaron en el coche y fueron a la comisaría de Scotland Yard. Allí les atendió el teniente Smith.

—¿En qué puedo ayudaros, venís por lo del secuestro? —les preguntó, mirando sobre todo a Enrique.

—Sí, venimos a denunciarlo —respondió Alma—. El viernes recibimos un mensaje de nuestro amigo pidiendo ayuda, diciendo que lo habían secuestrado en el National Gallery y que lo llevaban junto con *Los girasoles* de Van Gogh. También mandó un vídeo pero no se distingue nada, está muy oscuro. Mire, aquí está todo —comentó mientras le enseñaba el teléfono móvil con el mensaje de Fabio y el vídeo—. Después ya no escribió ni contestó a más mensajes.

El teniente le hizo una foto al mensaje, vio el vídeo por unos instantes, y devolvió el teléfono a Alma.

—¿Podrías traducirme lo que dice el mensaje? —le preguntó.

Alma le tradujo el contenido.

—¿Podrías enviar el vídeo a esta dirección de correo electrónico? La verdad es que no se distingue casi nada, pero, bueno, es una prueba.

—Por supuesto —dijo Alma.

—Muchas gracias. Supongo que sabréis que esto es algo muy serio —aseguró el teniente Smith—. ¿Tenéis alguna prueba más contundente, algo con lo que ponernos a buscar?

—No, la verdad es que no —le contestó Alma cabizbaja.

—¿Cómo se llama vuestro amigo?

—Fabio Gutiérrez Cuesta, como ya le indiqué ayer —dijo Enrique.

—¿Cómo es? ¿Podéis describirlo? —les inquirió el teniente.

—Es alto, moreno, de ojos verdes, complexión más bien delgada, veintisiete años —le respondió Alma. Ahora que me acuerdo, tengo una foto suya —dijo, buscando en su teléfono—. Sí, esta es —repuso, mostrándosela.

El teniente Smith la miró y le pidió a Alma que la enviara a la misma dirección de correo electrónico que el vídeo.

—Así ya tenemos su foto para reconocerlo —les dijo—. Os agradezco vuestra colaboración. No se puede asegurar a ciencia cierta si tanto el robo del cuadro como el secuestro de su amigo están relacionados o no, es lo que tenemos que averiguar. ¿Alguna cosa más que yo deba saber?

—No, de momento no tenemos nada más, teniente —dijo Enrique.

—Bien, pues firmen aquí la denuncia, por favor —les dijo el teniente acercándoles un bolígrafo y el papel donde debían firmar. Los tres firmaron el documento.

—Bueno, teniente, cualquier cosa que sepamos se la haremos saber —añadió Enrique—. Muchas gracias por todo.

Se despidieron y se marcharon.

Cuando llegaron al hotel, se dirigieron al restaurante, pues era la hora de comer. Enrique se quedó a comer con ellas.

—¿Qué es lo que podemos hacer ahora, Enrique? —le preguntó Raquel mientras comían— Estoy un poco perdida. ¿Cómo podemos empezar la investigación?

—Bueno —dijo él—. Se me ocurre que podíamos visitar alguna casa de subastas conocida por si tienen a la venta el cuadro de Van Gogh. No es muy probable, pero allí podremos hablar con gente metida en ese mundillo y nunca se sabe qué información valiosa nos pueden dar.

—Buena idea —dijo Alma.

Después de comer en el restaurante del hotel, Alma y Raquel decidieron descansar un rato en la habitación y Enrique quedó con ellas por la tarde a las cuatro. Ya en la habitación, las chicas hablaban entre ellas.

—¿Qué te ha parecido Enrique? —le preguntó Raquel a Alma.

—Me parece muy agradable y resuelto, creo que será un buen detective en el futuro —le respondió esta—. ¿Crees que lograremos descifrar algo sobre el secuestro de Fabio?

—No lo sé, pero por lo menos vamos a intentarlo.

—Sí, tienes razón.

Se quedaron descansando un rato en la habitación esperando a la hora en

que habían quedado con Enrique. Este, a su vez, se había quedado en el salón del hotel buscando información sobre subastas de obras de arte en Londres.

A la hora convenida, bajaron al salón del hotel y allí estaba Enrique esperándolas.

—Hola, ¿has encontrado algo interesante? —le preguntó Raquel.

—Bueno, he estado mirando en Internet y creo que podemos ir a la casa de subastas Christie's. Quizá allí encontremos alguna pista. He pensado que podemos hacernos pasar por gente adinerada dispuesta a gastar mucho dinero en obras de arte de Van Gogh. A lo mejor así alguien puede darnos información interesante.

—Me parece bien, Enrique, a ver si así sacamos algo en claro —le dijo Alma.

—Sí —dijo Raquel —, a mí también me parece buena idea. ¡Qué emoción! ¡Nunca he estado en una subasta!

—Bueno, no vamos exactamente a una subasta sino a la sala de exposición que tiene la casa de subastas. Allí preguntaremos si subastan obras de Van Gogh o si conocen a alguien que las venda. He visto que hoy está abierto. Tenemos una hora porque cierran a las cinco.

—Muy bien, Enrique, vamos antes de que cierren —dijo Raquel.

Se montaron en el coche y se dirigieron a la casa de subastas. Esta estaba situada en King Street. El edificio databa de 1823. Los chicos entraron en la impresionante construcción, en cuyo interior una amplia escalera conducía a la primera planta donde había enormes galerías con multitud de obras de arte esperando a ser subastadas. Se podían contemplar desde pinturas de diferentes épocas, esculturas de diversas proporciones, tamaños y formas, pasando por mobiliario antiguo de lujo hasta jarrones y vasijas, ropa de diseño y joyas. Las chicas se perdieron entre tanta obra de arte, contemplándolas ensimismadas. Enrique, en cambio, se puso a hablar con el personal de la casa de subastas.

—Hola, buenas tardes. Soy un coleccionista privado que estaría interesado en adquirir obras de Vincent Van Gogh y quería preguntarles si actualmente tienen obras suyas para subastar. El dinero no sería problema para mí.

—Lo sentimos, señor. Actualmente no tenemos nada de Van Gogh, pero le podemos dar el número de teléfono de un historiador y marchante de arte que quizás le pudiera dar alguna información.

—¡Ah! Eso sería estupendo. Sí, deme el número, por favor.

El chico de personal le dio una tarjeta con el número de teléfono del

marchante y le deseó buena suerte en su búsqueda.

—Muchas gracias. Y gracias también por la tarjeta.

Acto seguido, cogió el teléfono móvil y allí mismo marcó el número de teléfono del marchante que anunciaba la tarjeta. Era un tal Robert Scott.

—Dígame —contestó una voz al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, señor Scott, me llamo Enrique Martín. Me han dado su número de teléfono en la casa de subastas Christie's. Soy coleccionista privado y estaría interesado en comprar obras de arte de Van Gogh. Querría saber si usted tiene en venta a día de hoy alguna obra suya.

—Lo siento, señor Martín, pero a día de hoy no tengo ninguna obra de Van Gogh. Lamento no poder ayudarle.

—Bueno, no se preocupe. Es una pena porque estaba dispuesto a invertir mucho dinero en alguna obra suya. Muchas gracias por su amabilidad. Adiós.

—Adiós, buenas tardes.

Enrique colgó el teléfono un poco contrariado por lo infructuoso de la llamada y se dispuso a buscar a las chicas. Era ya casi la hora de cerrar.

De lo que no se había percatado era de que, desde un rincón de la sala, alguien lo había estado observando y escuchando con mucha atención...

Capítulo VII

Enrique, Alma y Raquel se disponían a salir de la casa de subastas. Estaban un poco decepcionados pensando en que la búsqueda de Fabio iba a ser más infructuosa de lo que pensaban. Al fin y al cabo, era como buscar una aguja en un pajar. Londres era tan grande... y Fabio podía estar en cualquier parte, incluso fuera de Londres. Puede que se lo hubiesen llevado a otra ciudad fuera de la capital. ¿Cómo lo iban a encontrar? Enrique insistía en que había que seguir las huellas de la obra de Van Gogh, pero no estaba seguro del siguiente paso. Por un lado, podían ir a otra casa de subastas a probar suerte, pero, por el otro, era muy improbable que subastasen una obra que acababa de ser robada del National Gallery de Londres. Todo esto pensaban mientras descendían desanimados las escaleras de la casa de subastas. En ese momento, oyeron que alguien los llamaba desde lo alto de la escalera. Era un hombre de mediana edad, de complexión fuerte, pelo rubio engominado hacia atrás y ojos de color azul grisáceo. Iba muy bien vestido, con chaqueta y corbata.

—¡Disculpen! —les llamó desde lo alto de la escalera—. ¡Perdonen! ¿Puedo hablar con ustedes un momento?

—Usted dirá —le dijo Enrique mientras esperaba a que los alcanzase al pie de la escalera.

—No he podido evitar escuchar su diálogo con el personal de la casa de subastas y su conversación telefónica posterior y quería comentarles algo que les podría interesar. Le he oído decir que estaba interesado en comprar obras de Van Gogh.

—Sí, así es —le contestó Enrique intrigado.

—Bien, pues yo tengo algo muy nuevo que les podría gustar —dijo, bajando el tono de la voz—, siempre que sean ustedes muy discretos.

—Por supuesto que nos interesa —se apresuró a decir Raquel—, y seremos la discreción personalizada, no se preocupe.

Enrique y Alma asintieron con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Y tienen ustedes interés en alguna obra de Van Gogh en particular?

—Bueno —le contestó Enrique—, estaríamos interesados, sobre todo, en la obra de *Los girasoles*.

—Pues están ustedes de suerte —afirmó en voz baja—. Tengo lo que buscan. Si quieren, podrían verla hoy mismo.

Los chicos se miraron unos a otros con asombro. No podían desperdiciar esa racha de buena suerte.

—Díganos a dónde y a qué hora tenemos que ir y allí estaremos —dijo Enrique, tomando la palabra.

—De acuerdo, pues los veo a las seis en el número 10 de la calle Purchase —dijo con voz queda mirando a todos lados para asegurarse de que nadie más le escuchaba—. ¿Les parece bien?

—Nos parece muy bien —asintieron los tres.

—Muy bien, hasta las seis entonces —murmuró el hombre mientras salía por la puerta calle abajo.

Los tres se miraron boquiabiertos. De repente, una puerta se les había abierto sin saber muy bien cómo. Alma estaba emocionada, pues sentía que estaba un paso más cerca de encontrar a Fabio. Raquel sonreía de oreja a oreja y Enrique estaba pensativo, urdiendo el siguiente paso que debían seguir. Pensaba que habían tenido mucha suerte... o no, dependiendo de si la obra era la verdadera o era una mera falsificación. En tal caso, perderían el rastro de Fabio para siempre. Sin embargo, si era la obra auténtica, tenían una posibilidad de encontrarlo, con todos los riesgos que eso conllevaba, pues tendrían que enfrentarse a personas peligrosas. De todos modos, siempre podrían tener la asistencia de Scotland Yard.

—Entonces ¿vamos a acudir, Enrique? —preguntó Alma.

—Claro que sí, Alma, si vosotras estáis de acuerdo. Tengo un pequeño plan que puede resultar.

—¿Y cuál es, si puede saberse? —inquirió Raquel.

—Mi plan consiste en ir al sitio y tantear el terreno. Con esto quiero decir que vamos a usar una pequeña herramienta para escuchar muy de cerca a este señor para descubrir hasta dónde nos lleva. Tengo un pequeño micrófono espía que debemos colocárselo a este individuo en alguna parte de su cuerpo de manera que podamos escuchar lo que dice y saber si tiene secuestrado a Fabio o no.

—¡Qué emocionante! —exclamó Raquel—, ¡es como en las películas! ¿Y

cómo funciona?

—Muy sencillo. El micrófono lleva en su interior una nanosim que a su vez tiene asignado un número telefónico y tan solo hay que marcar ese número de teléfono para poder escuchar lo que dice en todo momento desde el teléfono móvil.

—Es un buen invento —apuntó Alma—, nunca se me habría ocurrido algo semejante.

Decidieron ir a una cafetería a tomar un café y descansar un rato. Alma se preguntaba cómo se encontraría Fabio en una situación como esa, privado de libertad y sin saber si su vida corría peligro. Decidió enviarle otro mensaje para verificar si contestaba:

Fabio, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

Su teléfono móvil indicaba que el mensaje había sido enviado, pero no recibido ni leído. Quizá el teléfono había sido apagado o se había quedado sin batería.

—No puedo contactar con Fabio. Deben de haberle quitado el teléfono —les dijo a Enrique y a Raquel.

—Sí —contestó Enrique—, probablemente no tenga el teléfono consigo.

Acto seguido, Enrique sacó de su mochila un artilugio pequeño, de tamaño no más grande que un guisante. Era el micrófono que pensaba ponerle al individuo que les había hecho la oferta del cuadro de Van Gogh. Era de color gris claro, de manera que no desentonaría con el color de la chaqueta del mismo.

—Esperemos que funcione —dijo pensativo—. Es el único que tengo.

—Sí —dijo Alma—, tiene que funcionar, es nuestra única esperanza.

—¿Cómo se lo vas a poner? —le preguntó Raquel.

—Muy fácil —contestó Enrique—. Lleva un adhesivo muy potente. Solo hay que presionar en el sitio donde quieres fijarlo y se adhiere fácilmente a la prenda donde lo pegas.

Los tres descansaron tomando un café y charlando sobre las andanzas de Raquel y Enrique en su época de boy scouts. Raquel contaba con gracia cómo le habían metido una lagartija en el pantalón al monitor y este se había puesto a saltar y dar brincos sin parar mientras ellos se desternillaban y el monitor los miraba con cara de pocos amigos. Se rieron con ganas. Estaban un poco

nerviosos por la entrevista que tendrían con aquel individuo y les venía bien distender un poco la situación. Cuando se acercaba la hora, pagaron el café y salieron de la cafetería en dirección al coche. Una vez dentro, Enrique conectó el GPS de su teléfono móvil y se dirigieron a su destino.

—Tenemos que sonsacarle de dónde procede el cuadro —dijo Enrique mientras conducía.

—Sí, y que nos dé las señas de quién se lo ha vendido —añadió Raquel—, tenemos que sondearle todo lo que podamos.

Cuando llegaron, el hombre ya estaba esperándolos en la puerta. Este les abrió y ellos entraron. Era un local diáfano, con poco mobiliario, tan solo una mesa con dos sillas al fondo y un caballete con un lienzo tapado por una tela blanca. Les invitó a pasar al fondo y descubrió el lienzo quitándole la tela que tenía encima. Allí estaba, delante de ellos, el cuadro de *Los girasoles* de Van Gogh. Lo contemplaron maravillados. Era una verdadera obra de arte.

—El cuadro está valorado en veintisiete millones de libras.

—¿Es la obra verdadera? —le preguntó Enrique.

—Sí, por supuesto, señor —le respondió el hombre.

—Y ¿cuál es la procedencia del cuadro? —le preguntó Alma.

—No lo sé. Yo soy un mero intermediario y no conozco su procedencia —respondió.

—¿Nos podría dar el número de teléfono de la persona que se lo vendió? —volvió a preguntar Alma.

—Lo siento, pero no tengo el número de teléfono. ¿Están ustedes interesados en comprar la obra o no? —inquirió el individuo un tanto enojado por tanta pregunta.

—Nos lo tenemos que pensar y ya le diremos. Es mucho dinero —contestó Enrique.

—Entiendo. Aquí les dejo mi número de teléfono para que me digan si lo quieren o no —les dijo entregándoles una tarjeta—, pero no tarden mucho porque hay más gente interesada.

En ese momento, Raquel ya no pudo más.

—Perdone, pero la vida de una persona está en juego. Este cuadro ha sido robado y los que robaron el cuadro posiblemente han raptado a nuestro amigo y nosotros vamos a descubrirlo.

Enrique y Alma se miraron boquiabiertos al escuchar lo que decía Raquel.

El hombre, al oír eso, sacó de inmediato una pistola de entre los pantalones y los encañonó a los tres.

—Es demasiado peligroso que sepan lo del secuestro y que quieran investigar sobre él y sobre el robo de la obra, así que no tengo más remedio que retenerlos, pues no me interesa que vayan a contárselo a la Policía. Yo tengo una reputación que mantener.

En ese momento, de forma muy rápida, Enrique le dio un empujón al tiempo que le colocó el diminuto micrófono en la solapa de su chaqueta sin que el individuo se diera cuenta. Este cayó hacia atrás y disparó al aire. Los tres salieron corriendo del local y huyeron del lugar antes de que el sujeto se recompusiera, se percatase de su huida y los persiguiera.

Una vez en la calle, fueron corriendo hacia el coche, se montaron y se dieron a la fuga.

Capítulo VIII

Alma y los chicos estaban muy asustados. ¡Un hombre les había encañonado con una pistola y había disparado! ¡Podían haber resultado heridos o incluso haber muerto! Estaban los tres en *shock*. Alma se echó a llorar. Ella lo tenía muy claro: tenían que ir inmediatamente a la Policía, contárselo todo y dejarlo en sus manos. No podían volver a exponerse de ese modo. Así se lo decía ella a Enrique, el cual, conmovido, no sabía qué decir. Estaba pensativo cavilando qué pasos tenían que seguir a partir de ese momento. La idea de la Policía le parecía bien, pero, por otro lado, había algo en el teniente Smith que no le gustaba y no sabía lo que era, se lo decían sus tripas, que no se fiara de él. En tal caso, ¿qué podían hacer? Sin duda, debían comunicarle a la Policía lo sucedido. Se le ocurrió que podían contarle todo menos el detalle del micrófono, para tener una cierta ventaja. Si descubrían algo más, ya tendrían tiempo de decirlo en comisaría. Así se lo hizo saber a ellas, y estas accedieron de mala gana, pues, Alma, sobre todo, argumentaba que los policías harían mejor trabajo que ellos.

—No te preocupes, Alma —le dijo Enrique—, escuchar por un micrófono no es nada peligroso. Es solo para cerciorarnos de si el individuo tiene algo que ver con el secuestro o no.

—Bueno, está bien, tienes razón —le contestó Alma—, pero todo lo demás se lo contamos al teniente Smith.

—Estoy de acuerdo —dijo Raquel—. Vayamos cuanto antes a la Policía.

—Sí, yo también estoy de acuerdo —aseveró Enrique—, vayamos.

Se montaron en el coche y se dirigieron hacia la comisaría de Scotland Yard. Cuando llegaron, pidieron hablar con el teniente Smith. Este los recibió en su despacho. Le contaron lo que había pasado con el individuo en aquel local, que habían visto la obra de Van Gogh y que les había encañonado cuando le hablaron sobre el secuestro de Fabio y el robo de la obra de arte.

—¿Podéis decirme qué aspecto tiene ese hombre?

—Pues es de mediana edad, de complexión fuerte, pelo rubio engominado

hacia atrás y ojos de color azul grisáceo. Vestía chaqueta y corbata —le respondió Alma.

—¿Podéis decirme cómo se llama? —les preguntó el agente Smith.

Ellos se miraron sin saber qué decir. Era verdad que aquel individuo nunca les había revelado su identidad. En ese momento, Enrique recordó la tarjeta que les había entregado por si decidían comprar la pieza de Van Gogh. La sacó de la cartera y se la entregó al teniente.

—Esta tarjeta nos la entregó el individuo por si decidíamos adquirir el cuadro y llamarle, pero me estoy fijando en que no indica ningún nombre, solo un número de teléfono —le dijo Enrique.

El teniente cogió la tarjeta y la examinó con curiosidad. Era verdad que no había ningún nombre por ninguna parte. La examinó un poco más y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. «Qué raro —pensó Enrique—, no le hace foto ni la guarda con las demás pruebas».

—¿Tenéis algún inconveniente en venir conmigo al local donde habéis estado para echarle un vistazo? —les preguntó el teniente.

—No, en absoluto —dijo Raquel—, siempre que usted nos acompañe. Estamos muy asustados con lo que ha pasado esta tarde, como comprenderá.

—Por supuesto, me hago cargo —les contestó—, conmigo estaréis a salvo. Vayamos entonces al local.

Montaron en su coche, y el teniente Smith y otro policía se subieron a su coche patrulla y los siguieron hasta la calle Purchase. Una vez allí, los dos policías bajaron del coche, se acercaron a la puerta y se dieron cuenta de que esta estaba abierta. Con las pistolas en la mano y con mucho sigilo, entraron y comenzaron a inspeccionar el lugar. Al cabo de un rato salieron del local e invitaron a entrar a los tres que aguardaban expectantes cerca de la puerta.

—Podéis entrar, chicos, no hay nadie dentro ya —les dijo el otro policía—, pero no toquéis nada.

Ellos entraron y observaron el local. Estaba totalmente vacío.

—Antes no estaba vacío —se apresuró a decir Alma—, había una mesa con dos sillas y el caballete con la obra de Van Gogh.

—Sí —dijo Raquel—, y no sabemos si la obra era la auténtica o una falsificación. No entendemos de obras de arte, pero creemos que podría ser la verdadera.

—Comprendo —dijo el teniente Smith—. ¿En qué lugar estaba la obra?

—Allí al fondo —señaló Enrique.

El teniente le indicó al otro agente que tomara fotografías, precintara el recinto y comprobara si había huellas dactilares en alguna parte del local.

—Os agradezco mucho vuestra colaboración, chicos —les dijo—, pero ahora ya no sois necesarios. Os podéis marchar, si queréis; nosotros nos encargamos.

—Muy bien —dijo Enrique—, si averiguamos algo más lo avisaremos. Adiós.

—Sí, de acuerdo, gracias —les dijo el teniente—. Adiós, buenas tardes.

Decidieron irse al hotel a descansar, pues el día había sido bastante intenso y las chicas querían reponer fuerzas y hablar de lo sucedido. Enrique no estaba seguro de si debía conectar en ese momento el micrófono o esperar a llegar al hotel. Estaba deseoso de poder escucharlo y así se lo hizo saber a Raquel y a Alma. Ellas dijeron que en la habitación del hotel podrían escuchar con más nitidez. Enrique aceptó. Cuando llegaron al hotel, subieron directos a la habitación. Una vez allí, sacó su teléfono móvil y llamó al número de teléfono del micrófono. El individuo no hablaba en ese momento, se oían ruidos de la calle: coches, alguna sirena, un perro ladrando..., y así durante un buen rato. Los tres se desanimaron un poco. ¿Iban a tener que estar escuchando todo el día? ¿Podrían encontrar alguna pista sobre el secuestro de Fabio? En eso cavilaban cuando de repente escucharon al individuo que comenzaba a hablar.

—Sí, soy Wilson. Tenemos que hablar, pero no me fío del teléfono, mejor quedamos en algún sitio. Te espero a las ocho en la calle Hamilton. No es una calle muy concurrida. Allí podremos hablar.

Se miraron sin saber qué decir. ¿Debían implicarse más en la investigación? ¿No resultaba demasiado peligroso? En ese momento Raquel tomó la iniciativa:

—Yo creo que debemos pasarnos por la calle Hamilton, aunque solo sea para ver con quién ha quedado ese tal Wilson. Ni siquiera tendremos que bajarnos del coche. ¿Qué me decís?

—No sé, Raquel —contestó Alma—. Yo sigo pensando que es arriesgado.

—Alma —le dijo Enrique—, no tienes que venir si no quieres. Puedes quedarte en el hotel a esperarnos. Podemos ir nosotros dos solos si prefieres.

—De eso nada —se apresuró a decir Alma un tanto enojada—, si vosotros

vais yo también voy. ¡Faltaría más!

—Muy bien —dijo Enrique—. Si estáis seguras, entonces vamos. Tenemos media hora para llegar al sitio.

Se apresuraron a salir del hotel nuevamente, se montaron en el coche y se dirigieron a la calle en cuestión. Alma estaba todavía muy sensible con lo que les había pasado aquella tarde con aquel individuo, ese tal Wilson. Estaba muy preocupada por lo que les podría llegar a hacer si les descubría y lo que podría haberle hecho ya a Fabio. Raquel, por su parte, pensaba que era una buena idea lo de ir a espiar a ese hombre, pues seguro que sacaban alguna información valiosa. Enrique cavilaba algo parecido, preguntándose con quién habría quedado el individuo.

—Ya estamos llegando —les anunció—. Vamos a aparcar aquí mismo. Faltan cinco minutos para que sean las ocho.

Esperaron dentro del coche a que viniera Wilson y así poder ver con quién había quedado y escuchar lo que decía.

A los dos minutos, lo vieron aparecer en su coche, mirando a todos lados con actitud sospechosa. Se agacharon para no ser vistos cuando el vehículo pasó por delante del suyo. El automóvil se alejó un poco. El individuo bajó del coche y se puso a esperar junto a la calzada. La calle estaba vacía. Esperaron acontecimientos en silencio. De repente, de un lado de la calle, apareció un coche patrulla de Scotland Yard. Este pasó por delante del coche de los chicos, fue directo a donde estaba el individuo y aparcó a un lado. Enrique no daba crédito. ¡El conductor del coche patrulla era el agente Smith! Se quedaron los tres sin respiración. «¡Traidor!» —pensaron. Ahora ya sabían que no podían contar con la ayuda de la Policía.

Acto seguido, Wilson entró en el coche y se sentó en el asiento del copiloto. Enrique marcó en su teléfono móvil el número que correspondía con el micrófono y se dispuso a escuchar.

—¿Crees que los tres chicos saben algo más? —se oyó decir al teniente Smith

—No creo —respondió Wilson. Ellos le han dicho a la Policía todo lo que saben y tú tienes mi tarjeta con mi número de teléfono. No hay problema.

—De acuerdo. Nadie debe saber que estoy implicado en la venta de obras de arte robadas. El chico, Fabio, debe desaparecer, es un estorbo. Me pasaré mañana por la mañana por la casa de campo y lo rematamos. Estaré allí a las doce.

Capítulo IX

Fabio estaba desesperado. Llevaba dos días secuestrado y no sabía cuál sería su destino más próximo. ¿Cómo había podido llegar a esa situación? Él era una persona pacífica que no molestaba nunca a nadie. Si no se hubiera desmayado en el museo no estaría ahora en esas condiciones. Estaba atado de pies y manos, sentado en una silla y con la boca tapada con cinta adhesiva para que no gritara. Al menos no se había vuelto a desmayar. Sus raptores le habían dado de comer y beber en varias ocasiones desde el secuestro, pero las tripas le rugían pidiendo más comida. Apenas había podido dormir, ya que, así sentado y atado, era imposible. Además, no quería dormirse, quería estar alerta por lo que pudiera pasar. Por ese motivo, tenía un cansancio muy grande, los párpados le pesaban como el plomo, pero tenía que aguantar, era necesario estar despierto. De repente, su ánimo se derrumbó y le brotaron las lágrimas. Tenía toda la vida por delante y esta podía quedar truncada en cuestión de horas o días. Quién sabe lo que esos desalmados querrían hacer con él. Por otro lado, se preguntaba si Alma habría leído el mensaje y visto el vídeo que le envió la noche del secuestro. No sabía muy bien por qué se lo había mandado a ella, pero no se arrepentía. Puede que ella le estuviera ayudando de alguna manera, quizá habría ido a la Policía y ahora le estuviesen buscando. Lo malo fue que le quitaran el teléfono móvil. En cuanto se dieron cuenta de que estaba enviando algo, se lo arrebataron y lo tiraron lejos. Entonces, decidieron amordazarlo y maniatarlo para evitar posibles intentos de fuga.

Sin querer, pensaba en Alma. Se acordaba de su expresivo rostro y su cálida mirada, de aquella sonrisa franca y tierna, de aquellos labios dulces y delicados... Y volvió a llorar como un niño. ¡Cuánto la echaba de menos!... Decidió que tenía que hacer algo. No se podía quedar de brazos cruzados. En cuanto viniera su raptor a quitarle las ataduras para que pudiera ir al baño, intentaría escaparse. Era el momento perfecto. Solo tenía que esperar.

Al cabo de una hora, vino uno de los secuestradores y le dijo que podría ir al baño. Tenía que subir las escaleras del sótano donde estaba y torcer a la

izquierda. La salida, en cambio, estaba a la derecha. El secuestrador le apuntaba con una pistola. Una vez arriba de las escaleras, hizo un gesto como de ir a la izquierda y acto seguido se movió brusca y rápidamente en sentido contrario, hacia la derecha. Consiguió llegar hasta la puerta e intentó abrirla con fuerza, pero estaba cerrada con llave.

—Buen intento, pero soy yo el que tiene las llaves —le dijo el secuestrador sonriente mostrándoselas en la mano izquierda. En la derecha portaba el arma con la que apuntaba a Fabio. Este no tuvo más remedio que desistir. Fue al baño y acto seguido lo volvió a atar y a amordazar.

Capítulo X

Los chicos estaban atónitos con lo que acababan de escuchar. ¡Querían matar a Fabio! Alma no daba crédito, y enseguida rompió a llorar sin poder contenerse. Raquel intentó consolarla diciéndole que no se preocupara, que ellos lo iban a impedir.

—¿Verdad, Enrique? ¿A que lo vamos a impedir?

—No tenemos más remedio —contestó él—, no podemos permitirles que lo hagan. Lo peor es que no podemos ir a la Policía porque el teniente Smith está al cargo y no nos creerían. Lo positivo de todo esto es que sabemos que Fabio sigue vivo y que lo seguirá estando al menos hasta mañana a las doce.

—¿Y qué podemos hacer? —preguntó Alma secándose las lágrimas.

—Tenemos que seguir a Wilson. Él nos llevará hasta Fabio. Pero tenemos que ser muy discretos. Si no, lo echaríamos todo a perder.

—Sí —afirmó Alma—, es verdad.

Cuando el coche patrulla del teniente Smith se fue, Wilson se montó en su coche, lo puso en marcha y se alejó. En ese momento, Enrique se dispuso a seguirlo, manteniendo una distancia prudencial. Estuvieron un rato siguiéndolo en medio del tráfico fluido hasta que se apartó a un lado para entrar en una urbanización de adosados. Allí aparcó el coche y salió. Lo vigilaban desde una cierta distancia. Vieron cómo entraba en uno de esos adosados. Enrique esperó unos minutos y a continuación bajó del coche y se dirigió hasta el vehículo del individuo. Las chicas vieron como colocaba algo en la parte trasera del coche. Una vez realizada la operación volvió al automóvil y arrancó.

—¿Qué has hecho, Enrique? —le preguntó Raquel.

—Le he puesto un geolocalizador al coche de Wilson. Así mañana nos guiará hasta donde tienen a Fabio. Tengo una aplicación en el móvil que me avisará en cuanto salga de esta urbanización.

—Muy interesante, Enrique —dijo Raquel—, pero debo decirte que estoy muy cansada —añadió—. ¿Podemos irnos ya a descansar hasta mañana? Estoy molida.

—Yo también estoy muy cansada —afirmó Alma—. Vayamos al hotel. Creo que todavía nos da tiempo a llegar a la cena.

—Sí —corroboró Enrique—, estamos todos muy cansados. Os llevaré al hotel y yo iré a casa a descansar. Podemos quedar mañana temprano, para el desayuno. No creo que Wilson se mueva antes de las once.

Enrique las llevó al hotel y se despidió de ellas hasta la mañana siguiente en el desayuno.

—Ya verás como encontramos a Fabio, Alma —le dijo Raquel a su amiga mientras cenaban.

—Ojalá sea así, Raquel. Sería maravilloso —le respondió Alma—. Todo esto está resultando demasiado difícil para mí.

—Para mí también. No es fácil enfrentarse a gente como Wilson o el teniente Smith.

Después de cenar se fueron a la habitación e intentaron dormirse pronto, pues tenían que reponer fuerzas para la aventura que les aguardaba al día siguiente. Alma se quedó dormida recordando a Fabio. Raquel cayó rendida en la cama sin pensar en nada más.

A la mañana siguiente, sobre las nueve, Alma y Raquel bajaron al comedor del hotel para desayunar. Allí estaba Enrique, puntual como un reloj. Este les dio los buenos días y les preguntó qué tal habían dormido.

—Perfectamente —dijo Raquel hablando por las dos—, estábamos muy cansadas. ¿Y tú?

—Sí, yo también estaba agotado y me dormí enseguida. Esta mañana me he despertado temprano pensando en la «aventura» que nos aguarda. Estoy comprobando el teléfono móvil en todo momento para ver si Wilson ha salido de su urbanización, pero todavía está dentro, nos da tiempo a desayunar.

—¿Y qué plan tenemos, Enrique? —preguntó Alma mientras se disponía a comer una tostada con mantequilla y mermelada.

—Pues, primero, seguir a Wilson hasta la casa donde tienen a Fabio y, después, rescatarlo de sus raptos —contestó este.

—¿Y ya sabemos cómo lo vamos a hacer? —inquirió Raquel.

—La verdad es que no, pero ya se nos ocurrirá algo en ese momento. Hasta que no sepamos las condiciones en las que está Fabio, no podremos urdir ningún plan. Pero seguro que se nos ocurre alguno excelente.

Enrique no quería reconocer delante de las chicas que tenía miedo. Se iban

a enfrentar a personas armadas y peligrosas, y ellos estaban en desventaja por no estar armados. Pero no quería desanimarlas ni infundirles miedo, sino todo lo contrario. Como les había dicho, ya se les ocurriría algún buen plan en el momento oportuno. En ese instante, la aplicación en su teléfono móvil le envió una notificación. El coche de Wilson había salido de la urbanización y le indicaba la ruta a seguir.

—Vamos, chicas. Es hora de irse —les comunicó.

Subieron al coche y siguieron la ruta indicada. La aplicación les condujo hasta las afueras de Londres, a una zona de campo en la que se veían algunas casitas desperdigadas aquí y allá entre árboles y diversa vegetación. Doscientos metros antes de llegar al destino, pararon el coche tras unos setos para no ser descubiertos. Desde allí podían ver el acceso a la casa en donde había entrado Wilson. En el exterior se podía ver aparcado el coche patrulla del teniente Smith y, a su lado, el de Wilson. Esperaron unos minutos y, al momento, vieron salir a los dos con alguien más. Agudizaron la vista y vieron que era Fabio, que andaba hacia el coche, con las manos atadas a la espalda y la cabeza baja, con gesto de resignación. El coche patrulla se puso en marcha con los tres dentro y avanzó un par de kilómetros hasta llegar cerca de un embalse. Enrique los siguió y paró el coche a cierta distancia para no ser descubiertos. Desde allí, observaron a los criminales y a Fabio salir del coche y bajar por un pequeño sendero que llegaba hasta el agua. En ese momento, vieron cómo Fabio intentaba escapar corriendo sendero arriba con las manos atadas a la espalda y Smith le disparó sin alcanzarle. Fabio, en ese momento, tropezó y cayó aparatosamente. Alma, sin poder contenerse, profirió un grito. Smith dirigió la mirada hacia donde estaban ellos y vio a los tres en el interior del vehículo. Antes de que este pudiera reaccionar, Enrique arrancó el coche y se dirigió a toda velocidad hasta donde había caído Fabio con la intención de recogerlo. Justo cuando llegaron a donde él estaba, el teniente Smith se acercó corriendo hasta el coche de los chicos y apuntó con la pistola directamente a Enrique. Acto seguido, les obligó a bajar del coche y ordenó a Wilson atarles las manos a la espalda a los tres y amordazarlos. Junto con Fabio, los condujeron a todos a la casa. Ahora los secuestrados eran cuatro.

Capítulo XI

En el sótano de la casa, reinaba el silencio. Solo se oía la respiración un tanto agitada de los chicos. Estaban los cuatro sentados en sillas, atados de pies y manos y amordazados desde hacía varias horas. Alma y Fabio se miraban intensamente. No podían comunicarse más que con la mirada y, de alguna manera, se decían mutuamente que se querían. Él estaba muy agradecido porque ella hubiese ido hasta allí para rescatarlo, pero, a su vez, estaba muy apenado por cómo habían acabado las cosas.

Mientras miraba a Fabio, Alma tocó con las manos algo punzante que salía de la madera de la silla en donde estaba sentada. Se dio cuenta de que era un clavo que sobresalía del desvencijado asiento. Se le ocurrió que podría frotar las cuerdas que la ataban contra dicho clavo para cortarlas y liberarse de sus ataduras. Así lo hizo. Estuvo largo rato desgastándolas con el clavo hasta que estas terminaron rompiéndose. Los otros tres la miraron esperanzados. Al instante, se quitó la mordaza y desató las ataduras de los tobillos. Uno a uno, fue desatando a los demás hasta que los cuatro estaban libres de ataduras y mordazas.

Con un gesto, Enrique les dijo a todos que no hablaran, había que tener mucho cuidado. En voz muy baja dijo a Fabio que subieran las escaleras del sótano y echaran un vistazo. Habían oído al agente Smith y a Wilson despidiéndose y la puerta cerrarse tras ellos, así que solo quedaba el otro secuestrador, ese al que no conocían, el que había estado vigilando a Fabio todos esos días.

Enrique y Fabio subieron y abrieron la puerta con extrema cautela. Desde allí vieron que el otro secuestrador estaba de espaldas sentado en un sofá mirando la televisión. Al poco se dieron cuenta, por su respiración, de que se había quedado dormido.

Detrás del sofá había una mesa. Sobre ella, se encontraban los teléfonos móviles de los tres, ya que se los habían arrebatado en el momento en que los apresaron. También había otro objeto con la forma de lienzo envuelto en plástico que a Enrique le llamó la atención. Este, sin hablar, le hizo gestos a

Fabio para que cogiese el objeto y él se haría cargo de los teléfonos móviles. Le hizo un gesto para volver al sótano. Con sigilo, cerraron la puerta y volvieron a bajar. Cada uno cogió su móvil. Entonces Enrique les señaló su vía de escape: unas ventanas altas que estaban en una esquina y que daban al exterior. Solo tenían que poner algún mueble debajo para poder trepar hasta ellas y salir por su abertura.

Entre los cuatro, movieron una mesa con mucho sigilo y la pusieron debajo de las ventanas. A continuación, Enrique trepó por ella, abrió la ventana y salió. Invitó a los demás a seguirle y así lo hicieron. Uno a uno, fueron saliendo hasta que todos estuvieron en el exterior. Ahora solo les quedaba dar un rodeo a la casa para que no les descubrieran y correr hacia donde habían dejado el coche, cerca del embalse.

Cuando llegaron al coche, Enrique se dio cuenta de una cosa: Smith se había llevado las llaves. ¿Y ahora qué hacían? Recordó que un amigo suyo le había enseñado a abrir las puertas de los coches y a hacerles un puente para ponerlos en marcha. Solo necesitaba un alambre. Raquel llevaba puesta una diadema metálica y se la dio. Con esa diadema y unos movimientos hacia arriba y hacia abajo, consiguió abrir la puerta del conductor y después abrió el resto. A continuación, sacó los cables de debajo del salpicadero, detrás del volante, y les hizo el puente, con lo que el coche arrancó. Decidieron volver al hotel donde Alma y Raquel estaban alojadas para poner en claro las ideas y decidir cuál iba a ser el siguiente paso que tenían que seguir.

Capítulo XII

Cuando llegaron al hotel, decidieron hablar con Fabio para ver cómo estaba y cómo había sido el secuestro. Él les contó que había sido muy duro, que había sufrido un desmayo en el museo y que por eso se encontró con los ladrones, porque se demoró en la salida, así que decidieron secuestrarlo. Había estado tres días secuestrado sin casi dormir y comiendo lo poco que le daban. Antes de que lo maniataran, consiguió enviarle el mensaje y el vídeo a Alma y eso fue lo que le salvó.

—Alma ha sido mi ángel de la guarda —dijo, sonriéndole dulcemente.

—Es lo menos que podía hacer por ti, Fabio, porque me importas mucho, más de lo que te imaginas —le respondió esta con ternura.

—Tú también me importas mucho, Alma.

Los dos se miraron con dulzura y se dieron un largo abrazo, cálido y amoroso.

—Lamento interrumpiros —les dijo Enrique—, pero debemos continuar.

—Claro —dijeron Alma y Fabio al unísono.

Decidieron inspeccionar el lienzo que estaba en la casa de campo y que se habían llevado con ellos. Para su sorpresa, era la obra *Los girasoles* de Van Gogh la que estaba debajo de todos esos plásticos. Con mucho cuidado, lo inspeccionaron por delante y por detrás. Se dieron cuenta de que, en la parte posterior, pegado con un trozo de celo, había un papel en el que se leía un nombre y un número escrito a rotulador. En un primer momento no sabían de qué se trataba. Todos se quedaron pensativos.

—Podría ser una dirección —apuntó Raquel.

—Es posible —dijo Fabio—. Se puede buscar en Internet.

Enrique buscó en la aplicación GPS de su teléfono móvil y se dio cuenta de que, en efecto, era una dirección.

—¿Y por qué no llevamos la obra robada a la Policía? —preguntó Alma.

—No sería una buena idea, Alma —dijo Raquel—, el teniente Smith está al mando y nos acusaría del robo del cuadro.

—Yo propongo ir a esa dirección y comprobar qué hay allí —sugirió

Enrique.

Todos estuvieron de acuerdo y Alma les recordó que había que tener mucho cuidado, ya que se enfrentaban a personas muy peligrosas. Los demás asintieron.

Se montaron en el coche y fueron a la dirección que habían encontrado en Internet. Era una dirección a las afueras de Londres. Llegaron a la zona y aparcaron un poco apartados para no levantar sospechas, pero pudiendo divisar lo que ocurría en el lugar indicado por el GPS de Enrique. Lo que vieron fue un local grande, cuyas ventanas estaban tapadas con tablones de madera. En principio, todo estaba tranquilo, no había nadie por allí. No sabían qué hacer. En ese momento, a Enrique se le ocurrió volver a escuchar por el micrófono que tenía Wilson en la solapa de su chaqueta. Con un poco de suerte, les daría alguna información de valor. En un primer momento, no se escuchaba nada, pero, al cabo de un rato, oyeron cómo el teniente Smith y Wilson estaban discutiendo qué hacer ahora que los chicos se habían escapado con el cuadro robado.

—Yo opino que hay que ir a buscarlos, arrebatárles el cuadro y acabar con ellos —dijo el teniente Smith.

—Pues debes hacerlo pronto, antes de que descubran que la dirección que aparece en el cuadro es uno de los almacenes de obras robadas y acaben delatándonos —añadió Wilson.

—No me va a ser difícil —continuó Smith—, pues les puse, por si acaso, un geolocalizador en el coche para encontrarlos fácilmente.

Todos se miraron asustados. Smith iba a por ellos y se encontraban justamente... ¡en el almacén de obras de arte robadas! Enrique arrancó el coche. Decidieron salir de allí lo antes posible. Ya en marcha, intentaron decidir qué hacer. No podían devolver el coche a la agencia de alquiler de coches porque Smith se había quedado con las llaves y Enrique le había hecho un puente. En ese momento, a Enrique se le ocurrió parar el coche, bajarse e intentar encontrar el geolocalizador para quitarlo y desactivarlo. Por más que lo buscó, no consiguió encontrarlo. Ya desesperado por la inminente llegada de Smith, se volvió a subir al coche, arrancó y siguió conduciendo por las diferentes calles de Londres sin rumbo fijo, intentando encontrar una solución. A los chicos no se les ocurría nada. Entonces, Enrique habló de bajarse del coche y escapar a pie. En ese momento, oyeron lo inevitable: la sirena de un coche patrulla siguiéndoles el rastro. El teniente Smith los había encontrado.

Los cuatro se miraron asustados.

Capítulo XIII

El teniente Smith les dio caza rápidamente. Con señas, les ordenó que detuvieran el coche y, una vez detenido, les ordenó a punta de pistola que salieran con las manos en alto. Mientras salían, se dio cuenta de que llevaban con ellos el cuadro robado, y este les comunicó que estaban detenidos por el robo de la obra de *Los girasoles* de Van Gogh. Ellos intentaron protestar, pero Smith les hizo un gesto con la pistola para que callasen. Le puso las esposas a cada uno y, acto seguido, pidió refuerzos a la central para que se los llevaran a todos a comisaría.

Cuando llegaron, el teniente Smith pasó a interrogar, junto con otro compañero, uno a uno a los cuatro chicos. El último fue Enrique.

—Dinos, Enrique, ¿cómo robasteis el cuadro? ¿Tenéis más obras robadas?

—No, teniente, ya le he dicho que nosotros no robamos el cuadro, sino que fue usted el que lo robó del National Gallery y allí mismo secuestraron a nuestro amigo Fabio.

—¿Acaso tienes pruebas de lo que estás diciendo? ¿Cómo me explicas entonces que el cuadro lo tuvierais vosotros? —le inquirió el teniente Smith.

—Nosotros nos lo llevamos de la casa donde estábamos secuestrados para poder devolverlo —respondió Enrique.

—¿Y qué pruebas tienes de que él os secuestró? — le preguntó el otro agente.

—No tengo pruebas, señor — murmuró Enrique un tanto cabizbajo.

—Tus amigos han dicho lo mismo que tú y ninguno tenéis pruebas. No tengo más remedio que meteros a todos en el calabozo por esta noche — afirmó Smith.

El agente que acompañaba a Smith estaba asombrado por el relato que habían hecho cada uno de ellos, pues todos coincidían en que el culpable del robo de la obra de Van Gogh era el teniente Smith, así como del secuestro de Fabio. Por otro lado, no tenían pruebas de lo que decían. Al teniente Smith se lo veía exultante, estaba encantado de tenerlos a todos metidos en el calabozo.

Enrique estaba desolado. En el fondo, se sentía un poco culpable de haber llevado a los chicos y a él mismo hasta esa situación tan extrema. Pero ¿qué podían hacer? No tenían pruebas que demostraran que Fabio había sido secuestrado y, posteriormente, también ellos tres. Solo tenían el mensaje que Fabio escribió a Alma, pero quizás no era suficiente. Tampoco tenían pruebas de que Smith y su compinche hubieran robado el famoso cuadro en el National Gallery. Una ola de resignación recorrió todo su cuerpo. Veía ya su carrera de detective privado tirada por la borda. Fabio, que estaba en el mismo calabozo que él, dormitaba en un rincón de la celda. Estaba tan agotado de no dormir los días anteriores que cayó rendido casi al instante. Se oía su respiración, rítmica y acompasada. Enrique, mientras tanto, se devanaba los sesos para intentar encontrar una prueba que los pudiera poner en libertad a todos ellos. De repente, una luz se le encendió en su interior. ¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Tenía que hablar con el agente que acompañaba a Smith, el agente Brown. Esperaría al día siguiente a primera hora, antes de que llegara el teniente, pues no creía que Smith le permitiera comprobar una cosa en su teléfono móvil. Ilusionado, con la esperanza de poder salir del calabozo al día siguiente, se quedó dormido en su camastro.

Alma y Raquel estaban en otro calabozo. Las dos estaban bastante abatidas por cómo habían sucedido las circunstancias. Aquella celda era deprimente, llena de humedades y con dos camastros en uno de los lados. Raquel, por primera vez, tenía el semblante serio. La situación en la que se encontraban le impedía pensar en positivo. ¿Tenía ella la culpa de haber convencido a Alma de ir a Londres a buscar a Fabio? Todo apuntaba a ello. ¿Pero iban a dejar a Fabio condenado a su suerte? Al menos, él seguía vivo, y eso había sido gracias a ellos. No, no se arrepentía. Habían podido salvar una vida.

Alma pensaba algo parecido. A pesar de todo lo mal que estaban en ese momento, por lo menos habían podido salvar a Fabio de una muerte segura ahogado en aquel embalse, y ella, además, había podido decirle que él le importaba mucho. Había sido un abrazo tan bonito... Pero ¿qué iba a pasar ahora? ¿Los meterían a todos en la cárcel? Ese pensamiento la desanimó sobremanera.

—¿Qué crees que nos pasará, Raquel? —le preguntó a su amiga.

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —le respondió esta—. Me siento un poco culpable de haberte metido en este embrollo. Con lo bien que estábamos

las dos en Madrid...

—No, Raquel, no digas eso. Hemos podido salvar a Fabio de una muerte segura, y eso para mí es muy importante. Quizá, Enrique se saca un as de la manga y nos libera a todos. Yo le veo muy capaz, con lo poco que le conozco.

Es verdad, Alma —afirmó Raquel—, él es un «hacha» en estos temas —dijo sonriendo—. Esperemos a ver qué hace.

Las dos se quedaron dormidas al poco rato. El día había sido muy intenso y estaban agotadas, necesitaban descansar. Quizás el día siguiente les deparara algo bueno.

A la mañana siguiente, Enrique se despertó muy temprano y pidió hablar con el agente Brown. Le explicó a este que necesitaba coger un momento su teléfono móvil para comprobar una cosa en el mismo, pues era muy posible que tuviera la prueba que necesitaban para inculpar al teniente Smith. El agente lo escuchó con asombro y le dijo que todo lo que hiciera con el teléfono móvil tendría que hacerlo estando él presente. Enrique aceptó y el agente le dio el aparato que le habían confiscado el día anterior. Una vez con el teléfono móvil en su poder, empezó a buscar en los archivos internos. Buscó en unas carpetas y no encontró nada. Buscó en otras y tampoco. Al final, buscó en archivos de audio y allí se encontraba la prueba que tanto necesitaban. Su suposición era cierta. Las conversaciones de Smith y Wilson escuchadas a través del micrófono espía se habían quedado guardadas en los archivos de su teléfono. Pulsó el *play* y comprobó que se oían con claridad y nitidez. Las voces de Smith y Wilson se oían a la perfección. Acto seguido, le hizo escuchar al agente Brown todos los archivos de audio que tenía grabados y que implicaban directamente tanto al teniente como a Wilson. El agente Brown, al escucharlos, cambió de semblante. Aquellos audios eran una prueba irrefutable. Con ello y con la declaración de los chicos, Smith y su compinche Wilson se veían totalmente implicados en el asunto.

Una hora más tarde, cuando llegó el teniente Smith a la comisaría de Scotland Yard, lo detuvieron de inmediato por los cargos de robo y venta de obras de arte robadas, secuestro de cuatro personas e intento de asesinato de una de ellas. A su compinche Wilson lo detuvieron con los mismos cargos cuando salía por la puerta de su casa, ya que Enrique les había dado la dirección. También les explicó la ubicación de la casa de campo en donde habían estado encerrados, pues allí se encontraba el otro secuestrador. A los

chicos, en ese mismo momento los dejaron en libertad, y les pidieron que, por favor, no abandonaran Londres para que pudieran declarar en el juicio contra Smith y sus compinches.

Capítulo XIV

Varios días después, Raquel, Alma, Enrique y Fabio salían sonrientes de los juzgados. El juez había declarado culpables al teniente Smith, a Wilson y al otro secuestrador. Habían sido condenados a quince años de prisión por el robo de la obra de *Los girasoles* de Van Gogh, por mantener una red de venta de obras de arte robadas, por secuestro de cuatro personas y por el intento de asesinato de una de ellas. Lo habían conseguido, pensaba Alma feliz, habían encontrado a Fabio, le habían salvado la vida y habían apresado a los culpables. Había sido difícil, pero lo habían conseguido. En ese momento, Enrique y Raquel se adelantaron un poco. De forma instintiva, Alma cogió suavemente la mano de Fabio. Este se volvió para mirarla sorprendido y le sonrió con dulzura y un poco de extrañeza.

—Fabio, quiero que sepas que estoy muy contenta por haberte encontrado sano y salvo. No me habría perdonado nunca que te hubiese pasado algo, porque siento por ti algo muy especial, más allá de la amistad —le confesó Alma—. Ha tenido que pasar todo esto para darme cuenta de mis sentimientos hacia ti, a pesar de que yo esté viviendo con otra persona. Todo esto me ha hecho replantearme mi vida y mis prioridades.

—Alma —le dijo Fabio mientras sujetaba su mano con cariño—, cuando me vine a Londres pensaba que podría estar sin ti, pero me equivoqué. No querría tener que separarme de ti nuevamente, no podría soportarlo. Te quiero, Alma, no puedo evitarlo y estoy muy agradecido por lo que has hecho por mí.

—Yo también te quiero, Fabio, y quiero quedarme contigo. Buscaré trabajo en Londres. Quizás me puedan destinar a la misma agencia que a ti, no sé. No quiero volver con Oriol, me he dado cuenta de que no estoy enamorada de él.

Los dos se miraron con ternura y se dieron un largo y cálido beso en los labios fundidos en un abrazo interminable. Ambos creyeron tocar las estrellas.

Enrique y Raquel sonreían, al ver a los dos tortolitos desde cierta distancia. Raquel le dio las gracias a Enrique por su inestimable ayuda.

—No hay de qué, amiga, no hay de qué —le contestó él—. Lo que todavía no te he contado es que una agencia de detectives se ha enterado por la prensa del caso y de cómo lo hemos resuelto y me han hecho una oferta de trabajo para cuando acabe mis estudios. ¡Ya tengo trabajo!

—¡Enhorabuena, Enrique! ¡Me alegro mucho por ti! Lo que tú no sabes todavía es que estoy pensando en trasladarme a Londres yo también. Si mi amiga se viene, yo no voy a ser menos —dijo Raquel.

—A mí me encantaría que te vinieras —le confesó Enrique.

—¿Ah sí? Pues ya sabes quién te dará la lata a partir de ahora.

Ambos rieron a carcajadas.

Dos meses después, Alma se encontraba con Fabio paseando junto al Támesis, al lado del Big Ben. Hacía tres semanas que vivían juntos y estaban felices. Alma había encontrado trabajo en una agencia de noticias. Su amor era mutuo y se prodigaban besos y arrumacos. El sol parecía haber salido para ellos dos. Allí se encontraban, juntos para siempre, en el corazón de Londres.

NOTA DE LA AUTORA

Querido lector/lectora: si estás leyendo estas líneas es porque has llegado al final de este libro. Gracias por el tiempo que has dedicado a leer mi novela corta *En el corazón de Londres*. Si te ha gustado te agradecería enormemente que dejases tu opinión en Amazon. Tu apoyo es muy importante.

Muchas gracias por tu aportación.

Table of Contents

[Capítulo I](#)
[Capítulo II](#)
[Capítulo III](#)
[Capítulo IV](#)
[Capítulo V](#)
[Capítulo VI](#)
[Capítulo VII](#)
[Capítulo VIII](#)
[Capítulo IX](#)
[Capítulo X](#)
[Capítulo XI](#)
[Capítulo XII](#)
[Capítulo XIII](#)
[Capítulo XIV](#)